

**INVESTIGADORES DE MUSEOS Y CENTROS INAH ENCUESTRO DE
ESTATALES DEH-NOV 2018**

Materiales para la enseñanza de la historiografía en México

Guy Rozat

INAH-Veracruz

El título de mi proyecto oficial de investigación en el INAH es “Materiales para la enseñanza de la historiografía en México”. Como pueden ver, con este título algo barroco, mi proyecto tiene poco que ver, en fin de manera inmediata, con la primera convocatoria de este encuentro. Ya que museos y patrimonio parecía ser el motivo originario de esta reunión.

Aunque pensándolo mejor, para mí se volvió claro que si nos pusiéramos a examinar con detalle la museografía y la exposición de ciertas colecciones del INAH, así como proclamaciones de los efusivos como desesperantes deseos patrimoniales de estos últimos años, encontraríamos muchos de los elementos que constituyen los fundamentos de nuestras investigaciones.

La primera cosa que debemos confesar es que detrás de este título de nuestra línea de investigación se esconde un tipo de exploración finalmente más historiográfica que histórica. Aunque también podríamos pretender que hacer historia sin historiografía no es generalmente como muchos lo creen, hacer historia a secas, sino más bien sólo refrendar en poco o mucho las caducas ideologías nacionales existentes.

Así, cuando hace más de 40 años entré como profesor hora/semana/mes, es decir, como uno de estas decenas de peones académicos encargados de desbrozar en las cabezas de los recién egresados la posibilidad de la enseñanza antropológica en la ENAH, ya estaba más bien apasionado por pensar la historia de México.

Me parecía que había urgencia en repensar mucho del relato nacional. No solamente porque era heredero de una glosa producida por siglos coloniales españoles, sino también porque desde el siglo XIX había sido limitado por su adhesión a la evolución intelectual de las potencias coloniales del viejo mundo.

Durante años, después de haber revisado con mucho interés la elaboración de esta glosa nacional, había intentado entender las dinámicas contemporáneas de ese extraño México. Me dediqué así a intentar entender la naturaleza de la Nueva España hasta su inauguración en las destrucciones de las antiguas culturas americanas. Para una mirada exterior esa inauguración estruendosa en la destrucción se volvía problemática en la medida en que mi ojo crítico no había sido formateado por la glosa nacionalista de la segunda mitad del siglo XX. Pronto me pareció que el relato de la conquista, privilegiando las crónicas de los supuestos testigos españoles o indígenas, no era más que un espejismo donde actuaban puras figuras retóricas cristianas. De esta manera, la conquista me pareció el nudo problemático donde la esencia de la nación mexicana agotaba sus posibilidades de explicación, y por lo tanto se volvía esa especie de hoyo negro donde se consumía generación tras generación la posibilidad de pensar realmente México.

Así el relato de la conquista, o más bien los múltiples relatos propuestos por los cronistas de los siglos XVI y XVII, nos llevaban a un camino historiográfico sin salida. E intentaba

convencer a mis alumnos de antropología que este campo de conocimiento, el antropológico, no podía tener sentido sin pensarlo históricamente. Propuse así historizar el discurso antropológico y preparé la creación de la licenciatura de historia, ya que éramos una escuela de antropología e historia pero sin realmente una enseñanza coherente de la historia.

Años después, con la ayuda de muchos alumnos de antropología social que se habían convencido de la importancia de reestablecer la enseñanza de la historia en esta escuela, dicha enseñanza se logró imponer gracias a la disposición favorable de diversas autoridades.

Contando con pocos maestros al inicio de este proyecto, más bien decidimos focalizar nuestra reflexión sobre lo que ocurrió hace 5 siglos y más que lo que ocurrió, ya que desgraciadamente no asistimos a estos eventos dramáticos, nos interesamos en los discursos que pretendieron dar cuenta de estos eventos. Como lo repetimos hoy en el seminario que desde hace 15 años se reúne en Xalapa, Veracruz cada año, quisimos “Repensar” la dichosa conquista de México, no tanto para decir una nueva verdad de la conquista sino para volver explícita la naturaleza de los discursos que se elaboraron sobre ella y sus actores.

Que este magno evento tenga que ser repensado a mí, como a los jóvenes investigadores que participan en el seminario, me parece evidente. Y para demostrar lo que consideramos como una necesidad imperiosa para el destino de México, antes de empezar diría que detrás de la antigua doxa nacionalista sobre el tema se esconden las llaves que abrirían la posibilidad de pensar ese racismo que “no existe” en este país. Es decir, que finalmente y sin más tapujos, el relato de la conquista es la base de todo el discurso discriminatorio sobre el cual durante 500 años se oprimirá a los habitantes nativos de este país.

Me van a decir que exagero y que el racismo es una creación de los siglos XIX y XX, y que en la medida en que en estos siglos México se había vuelto independiente, no pudieron penetrar las construcciones sofisticadas del imperialismo económico y cultural que permitieron al racismo triunfar y legitimarse en el mundo entero. Frente a esta visión cortoplacista de la discriminación solo recordaré que la civilización occidental, a pesar de todos sus logros, y desde sus albores en la lejana Grecia, era una sociedad esclavista y profundamente discriminatoria.

El cristianismo, aunque proveniente de unas pequeñas sectas judaicas, va a lograr la “armoniosa” mezcla con ese legajo helénico. Retomará la idea judaica de un solo y único Dios todopoderoso, creador de todas las cosas. Y sobre todo que ese Dios cristiano es un Dios celoso, que obliga a sus hijos a convertir a los otros hombres para lograr su triunfo. Los cristianos no admitirán otros credos y pronto en los primeros siglos de nuestra “era cristiana” se dedicarán a matar y destruir a todos los intentos culturales recalcitrantes. Y de aquí esa maravillosa máxima “fuera de la iglesia no hay salvación”.

Es evidente que ese racismo crepuscular juega hoy un papel fundamental en los problemas de identificación de algunos mexicanos. Es interesante observar que la nación emerge en el momento que va a emerger realmente la historia nacional. En un país que busca desesperadamente blanquearse, la historia nacional no puede ser ajena a ese proyecto. Las diferentes olas de migrantes del siglo XX, aunque han acelerado un cierto blanqueamiento de las élites nacionales, no han sido suficientemente numerosas para lograr ese objetivo general. Esto explica que ese racismo crepuscular no fuera una problemática que se necesitaba poner a la luz realmente en esa época de constitución de la nación.

En la segunda mitad del XIX podemos observar que muchos hombres políticos eran considerados como “indios” por sus contemporáneos, como fue el ejemplo de Altamirano. Este propuso la creación de una literatura nacional pero organizada según los antiguos cánones de la Ilustración, participando de la bella ilusión del XVIII europeo de que la ciencia y la educación volverían a los hombres iguales. El fracaso del blanqueamiento de fines del siglo XIX y la irrupción de las masas populares en los eventos revolucionarios, llevarán a buscar en la identidad mestiza una proposición global para la identificación de “todos” los mexicanos.

Hoy sabemos que la idea mestiza que acompañó durante 70 años al estado priísta, ya no satisface a los mexicanos y se buscan derroteros multi o pluriculturales pero sin revisar cómo se estableció y se consolidó esta ideología del mestizaje. El mestizaje se concibió como el instrumento político de unificación ciudadana y de gobierno político y social de las masas obreras y campesinas. Así, el relato hispano colonial del evento conquista, base de las representaciones históricas y sociales desde siglos, no se estudió sino que más bien se repitió incansablemente. Al punto que se ha vuelto perfectamente obsoleto para muchos eruditos. Por eso en la versión 2000 de la *Historia General* del COLMEX, la conquista se esfumó. La conquista se había vuelto como algo indecible.

Quedaría por discutir en estos escasos minutos el extraño juicio, en fin, extraño para mí, que oí de boca de un investigador de esta dirección de que finalmente había poco que decir sobre ese evento, ya que, según él, la conquista fue un momento eminentemente positivo para México porque “los indios vivían en la edad de piedra”. De este juicio compartido por muchos otros “investigadores”, como los que pretenden que pensar la conquista sería una regresión nacional ya que reabriría antiguas llagas apenas cicatrizadas, podemos decir que

detrás de estos “razonamientos” simplistas queda manifiesto que ese racismo “invisible” se ha finalmente naturalizado y disfrazado de simple arqueología social. Pero basta de prolegómenos...

Así, como lo dije, desde hace más de 50 años me he dedicado a pensar de lo que fue y será para los habitantes de este país México, la conquista de América. Como dijimos, más que intentar proponer un relato más “verídico” de dicho evento, nos hemos dedicado a pensar el “hecho conquista” en sus dimensiones historiográficas y memoriales.

Partiendo del supuesto de que el relato de esta conquista elaborado en los siglos XVI y XVII es, antes que todo, un discurso fundacional para un imperio hispano cristiano, hemos sido obligados a denunciar la lógica colonial teológica en obra en dicho relato. Es por esto que empezamos por denunciar y desmontar las falacias pseudo indígenas de los presagios y profecías que anunciaban, supuestamente, “el regreso de los dioses”.

Si no olvidamos que estas crónicas jamás fueron escritas para servir a la elaboración de una historia nacional, podemos entender el interés de nuestra exposición que muestra cómo estas añejas figuras retóricas cristianas eran parte de un Gran relato teológico escatológico cristiano. Este relato estaba omnipresente desde siglos en un intertexto que explicaba ya las fáciles victorias de los ejércitos cristianos y, antes, de los romanos; siempre precedidas por presagios y profecías que anunciaban, sin ninguna duda, el triunfo de la fe. Aunque a veces el Dios cristiano se hacía el sordo frente a las súplicas de sus criaturas, finalmente cedía a sus plegarias. En estos innumerables relatos estaban presentes, evidentemente, los demoniacos enemigos: judíos, moros, heréticos o indios, que en su ceguera diabólica, no quisieron jamás ver en estos signos los de la derrota que Dios les anunciaba.

Esto hubiera sido una tarea de análisis de textos relativamente fácil si durante siglos este esquema victorioso hispano no hubiera sido refuncionalizado por la historia ilustrada en vía de constitución. Y peor fue cuando, en el siglo siguiente, las naciones hispanoamericanas recién independientes se apropiaron a su vez de ese mito fundacional teológico para, con ligeros retoques cosméticos, adoptarlo como fundamento nacional. Esto nos llevó, evidentemente, a enfrentarnos en México directamente con el leonportillismo, fundamento de un nacionalismo racista y neocolonial. Que este conjunto haya sido asimilado por varios grupos de investigadores extranjeros, no quiere decir que pueda considerarse como digno de credibilidad histórica.

Es con la mirada de una reorganización antropológica de la glosa histórico nacional que se explica cómo se leen hoy en día en México, las crónicas de los siglos XVI y XVII. No queremos ahora subrayar el absurdo contrasentido cuando se considera a estas crónicas como productos de algún antropólogo colega nuestro regresando de sus prácticas de campo. Y si se llega a afirmar que el padre Sahagún fue el primer antropólogo, no se sabe si es por el hecho de que puede ser considerado como el primer gran enunciador y destructor de las dichas culturas. Tal como lo siguen haciendo muchos antropólogos, aunque ellos mismos se consideren bien evidentemente al servicio del pueblo. Pero podemos preguntarnos si estar al servicio del pueblo sería entonces estar contra la riqueza de las culturas americanas y de su patrimonio, en fin, de lo que queda, y queda muy poco.

Y ahí otra vez resurge para nosotros ese racismo latente inherente a la antropología mexicana u otras, cuando se pretende volver a los indios como simples figuras retóricas de una ideología de estado. Esta lectura simplista de la conquista en la doxa nacional impide entender realmente lo que ocurrió en estos años cruciales de la destrucción de la cultura

mexica y otras, pero sobre todo, parasita de manera muy castrante la posibilidad de imaginar lo que fue la riqueza de las culturas nativas de este espacio hoy llamado México.

Considerando la violencia simbólica contenida en nuestra proposición general, es evidente que hemos tenido un cierto rechazo, él también bastante violento, a toda discusión sobre su alcance y posibles resultados. Esta violencia se ha ejercido de manera siniestra, utilizando falsos pretextos, como las triquiñuelas más sórdidas, para impedir que alumnos que podrían estar situados en la misma corriente de investigación, alcancen plazas en los diferentes concursos que se han abierto, o sencillamente entren a ciertos posgrados... Sin hablar del rechazo sistemático de nuestros trabajos por supuestos dictaminadores que solo dejan salir su bilis y su rabia en dichos dictámenes.

Es decir, que realmente no hemos tenido la posibilidad de discusiones abiertas. Pero no deben sorprenderse ya que en México realmente no hay discusiones académicas serias. Lo que no impide que hayamos logrado construir pequeños espacios de investigación en diferentes universidades. La publicación en línea de nuestros trabajos, sin disponer de aparatos de propaganda cultural o política, ha permitido difundirlos con un cierto éxito. La próxima posible reedición de los textos de base de nuestra aportación, hecha por un pequeño editor ilustrado, permitirá a los amantes del libro papel difundir aún más lo que podemos considerar nuestras aportaciones, y que otros “investigadores” positivistas seguirán considerando como simples “mariguanadas”.

Cuando decimos que hay un cierto bloqueo para la reedición de nuestros libros, agotados desde años, no nos estamos realmente quejando. De hecho nos parece una cosa muy natural que la ideología nacional mestiza, que finalmente siempre despreció al mundo indígena

queriendo que desapareciera para hacerse mestizo, defiende su concepción decimonónica clasista.

Tampoco creo que mi presencia en este congreso sea la posibilidad de crear un “puente de comunicación institucional y de vinculación” entre investigadores como a veces se pretende, ya que muchos de los compañeros que trabajan desde años en el mismo campo de la conquista de México, conocen nuestros trabajos y los de nuestros alumnos. Y no solo los conocen y los desprecian, sino que también hacen y harán todo en su poder para impedir su difusión. La publicación de estas reflexiones en una página especial de este encuentro tampoco parece poder revertir muchas de las prevenciones que existen en cuanto a nuestro trabajo, pero si alguien se interesa en el trabajo de nuestro grupo, podrá ir a mi blog: <http://guyrozatrepensarlaconquista.blogspot.com/> Allí podrán encontrar ponencias, artículos y libros y descargarlos libremente.

Conclusiones

Finalmente, desgraciadamente no podemos dejarnos seducir sin recelo por las olas de la nueva demagogia nacida detrás del entusiasmo nacional por el cambio político reciente. Tampoco puedo creer, lleno de optimismo, que reuniones como ésta serán seguidas de efectos académicos reales y que de repente los historiadores de este centro se convertirán realmente en los promotores de una nueva historia, capaz de ofrecer nuevas perspectivas para las múltiples identidades de los mexicanos presentes y futuros.

Aunque es cierto que no podemos esconder nuestras profundas esperanzas sobre esa posible renovación historiográfica sobre la conquista, para que pueda acceder ese momento fundacional al estatuto nacional que se merece a 500 años de la llegada de la ola invasora

hispana. Por nuestra parte, en los próximos años los miembros de mi seminario y yo intentaremos multiplicar nuestras intervenciones en el más grande número de instituciones académicas posible. La delincuencia del estado nacional no se revertirá sólo con buenos deseos individuales ni con líricas protestas de ser funcionarios honestos. Nos parece que los historiadores mexicanos tienen como deber impostergable apartarse de la antigua glosa nacionalista, que por su pereza y su infinita repetición solo impide que emerjan nuevos motivos de esperanza identitaria para las masas populares.

Para terminar de expresar mi malestar frente a esta convocatoria, pudiera decir que, a pesar de mi presencia hoy aquí, sigo sin entender el objeto de este encuentro, una ambigüedad que se manifiesta en la mescolanza de los temas y perspectivas historiográficas presentadas. La reunión anterior, por lo menos la que parece haber sido el precedente de este encuentro, había sido un poco más clara aunque no me parece que haya sido jamás seguida de efectos reales. Pero la duda principal y que me parece bastante incongruente es que los historiadores de esta dirección del INAH no estén presentes y que tampoco hayamos sido invitados al precedente encuentro que acaba de realizarse con los historiadores de la propia DEH a finales de octubre. Parecería que reuniendo aparte a los primos de provincia se quisiera decir que quieren tomarnos “en cuenta”, pero que no se esperen muchos resultados efectivos. Espero engañarme y que, al contrario, esta reunión sea la ocasión de intercambios futuros. Pero como finalmente no nos consideramos como vendedores de verdades puras y duras y no comercializamos ningún tipo de productos consumibles inmediatamente, agradecemos de todas maneras su invitación.

La Pitaya a 6 de noviembre de 2018